



EL ALMENDARES,

PERIÓDICO LITERARIO, RELIGIOSO, PINTORESCO, MORAL, INSTRUCTIVO, DE MODAS Y ANEDÓCTICO.

TOMO III.

HABANA: AGOSTO 15 DE 1853.

ENTREGA XIII.

EL IMPERIO CHINO.

SU EJERCITO Y SU MARINA.



A otras veces nos hemos ocupado en EL ALMENDARES de cosas que al Celeste Imperio tocan y pertenecen, conociendo que en cierto modo interesan hoy, así en la Habana como en la Isla entera, pues que la introduccion de colonos asiáticos ha despertado la curiosidad pública entre nosotros con respecto á aquel pais tan extenso, tan bello, tan misterioso para el resto del mundo, que apenas conoce su modo de ser, las cosas y las personas que á él pertenecen.

Ahora queremos dar en nuestro ALMENDARES una ligera idea del estado militar y de la marina de guerra en China, y para hacerlo mas cumplidamente vamos á insertar en nuestras columnas un interesantísimo capítulo to-

mado de una obra sumamente curiosa y hasta cierto punto importante, que está publicando en la actualidad en Lisboa el señor Don Carlos José Caldeira, con el título de *Viaje de Lisboa á China*, excelente y curioso trabajo que llama hoy la atencion de todas las personas ilustradas de Europa.—Hé aquí dicho capítulo:

“Hay en Europa muy falsas noticias sobre el poder militar del imperio chino: la idea de hacerle la guerra ofensiva sin formidables preparativos, pasa por un sueño de imaginaciones exaltadas. Estas opiniones provienen principalmente de la impresion que produce á primera vista la idea de luchar con una nacion que se cree generalmente consta de mas de trescientos millones de habitantes, y naturalmente se juzga que su fuerza militar estará en proporcion con tan inmenso gentío. Sin embargo, tal vez no hay en todo el globo una nacion á la cual los europeos pudieran hacer la

guerra con tan decidida ventaja, ya por la natural timidez de la raza china y el atraso y las arraigadas preocupaciones de su sistema militar, como por la turbación que fácilmente se puede llevar al corazón de su país, y también al comercio, que es la fuente principal de sus recursos.

“Bastante lo prueba la historia de la última guerra con los ingleses, y la observación y estudio de lo que pasó entonces parece demostrar que, aun empleando Inglaterra menos fuerzas, pero aprovechadas del modo que hoy indica la experiencia obtenida en las operaciones de aquella primera guerra, habría asegurado iguales ó quizá mayores ventajas de las que consiguió.

“En tiempos mas modernos los sucesos de Macao, y especialmente la toma del fuerte de Pasaglian, muestran bien lo que valen las tropas y fortificaciones de los chinos contra pequeñísimo número de europeos.

“Pero dejando aparte estas y otras consideraciones generales, y absteniéndonos de explicar la pésima organización de sus ejércitos, compuestos en su mayor parte de levadas reunidas en el momento de apuro, apuntaremos, sin embargo, algunas de las costumbres y prácticas de los chinos en la guerra, en conformidad de lo que llevamos dicho acerca de su grande inferioridad.

“El soldado chino usa un *caitoka* ó fusil groseramente fabricado, al cual da fuego con una mecha encendida, volviendo siempre la cara á otro lado, cuyo movimiento le impide fijar la puntería: lleva la pólvora á granel dentro de una bolsa colgada sobre el vientre, sacando la porción necesaria para cada tiro con un pedazo de caña que sirve de medida, lo cual, junto con la costumbre de la mecha, da motivo á frecuentes y mortíferas explosiones; y aunque durante la guerra con los ingleses se presenciaron algunos actos de arrojo y valor individual, basta generalmente la vista de un hombre muerto ó herido, para que todos los soldados huyan, siendo muy á menudo mandarines ú oficiales los que dan el ejemplo. Asegúrase empero que los soldados chinos, en medio de todo esto, son generalmente temibles en el manejo de las armas blancas.

“Los chinos no conocen ó no admiten las ventajas de los movimientos y de la táctica militar; y por esto no se previenen contra los ataques de flanco y de retaguardia, á pesar de repetidas y fatales experiencias; preocupación que los induce también á despreciar en sus fortificaciones y baterías la seguridad de la retaguardia ó de las posiciones que las dominan; y á causa de estos defectos, por mas formidables que parezcan las plazas de guerra, son casi siempre fácilmente tomadas. En la fundición y servicio de la artillería están atra-

sadísimos; no la tienen de campaña, ó es de un género muy primitivo, y la de plaza y de marina es generalmente fija, de modo, que no puede disparar sino en una sola dirección. Empezan, sin embargo, á colocarla en cureñas semejantes á las de Europa.

“Entre los militares no hay espíritu de cuerpo, ni entusiasmo, ni amor á la gloria ó verdadero interés por la causa pública. No presenta el menor aliciente la carrera militar, siendo generalmente tenida por innoble, despreciada por los hombres instruidos, y anatematizada en las obras y sentencias de los filósofos chinos. Estos la condenan porque convierte á los hombres en asesinos de sus hermanos: filosofía sublime y humanitaria, sin duda, pero muy perjudicial para una nación en el estado actual de las relaciones internacionales del mundo civilizado.

“Los mandarines militares son siempre inferiores á los civiles, aun cuando tengan un rango oficial igual; y muchas veces deben sus ascensos solo á su fuerza física. Los soldados no tienen suficiente sueldo ni instituciones que los liguén al rígido servicio de la patria. Son casados, porque es costumbre en China contraer matrimonio desde la juventud, y casi todos se ayudan con alguna pequeña industria; tienen tiendas, venden por las calles ó trabajan en los campos.

“La caballería china no tiene ejercicios ni organización: los caballos son malos, pequeños, malos y pésimamente tratados.

“Gran parte del ejército chino es solo nominal: los mandarines militares se guardan los sueldos que reciben del Estado para soldados que no existen sino en el papel. Tienen los *cabaías* ó uniformes guardados, y visten con ellos á mozos de cordel ú otra gente alquilada en el momento en que es preciso presentarlos á la revista de algun mandarin superior, que en su esfera comete los mismos abusos, los cuales son generales en todos los ramos de la actual administración pública de China.

“Los antiguos reglamentos militares eran buenos; prescribían, ejercicios, castigos contra los cobardes, etc.: pero todo está relajado ó ha caído en desuso.

“Al mismo tiempo el pueblo carece de espíritu público; poco le importan los sucesos políticos. Los ingleses acababan de bombardear á una ciudad, y se veían inmediatamente cercados de vendedores. Al día siguiente de la toma del fuerte de Pasaglian, los chinos trajeron, como de costumbre, toda clase de comestibles á Macao. Los chinos pobres acuden siempre á donde hay dinero ó esperanza de ganancia, indiferentes á todo sentimiento de orgullo ó de amor nacional.

“La raza de los tártaros manchús, conquistadora de la China, y que la domina ha cerca

de tres siglos, es la que constituye el núcleo de los ejércitos chinos: todo tártaro nace soldado, goza desde luego de sueldo, y tiene, en general, mas espíritu guerrero que los chinos; pero están los tártaros muy degenerados, y, aunque demuestren valor, carecen de disciplina, y los generales no conocen la táctica.

“En cuanto á la marina de guerra, son aun mas inferiores y débiles que en la milicia terrestre. Seria difuso enumerar las varias causas que á esto contribuyen, ni serian bien comprendidas en Europa: basta indicar el hecho de que las costas de China, y hasta los rios y canales interiores se hallan por lo general infestados de escuadrillas de piratas, que ocasionan graves perjuicios y perturbaciones al comercio; y que los dueños de los *Champanes* y otras embarcaciones mercantes, ó los comerciantes interesados en sus cargamentos fletan á subidos precios las *lorchas* (faluchos mercantes) portuguesas de Macao para que protejan y den convoy á los *Champanes*, habiendo ganado varias *lorchas* ocupadas en este servicio 800, 1000, y hasta 1200 pesos fuertes mensuales. Los mismos mandarines ó almirantes, para ir de un puerto á otro con sus *Champanes* de guerra, han solido buscar y buscan esta proteccion, pagándola bien cara, no juzgándose muchas veces seguros en medio de sus escuadras sino cuando tienen próxima alguna *lorcha*. Y no se piense que estas embarcaciones son buques de gran porte y fuerza: generalmente no miden mas de 80 ó 90 toneladas; pero estan cubiertas, y montan de cuatro á diez y seis cañoncillos de diferentes calibres y alguna pieza rodada. Hay repetidos ejemplos de haberse batido solas y victoriosamente con escuadras de piratas, compuestas de muchas embarcaciones del mismo ó mayor porte, y guarnecidas con mucha artillería é inmensa tripulacion. Su impericia empero en el manejo de las armas de fuego y el terror que les inspiran los europeos hacen nula su aparente fuerza.

“Por los meses de febrero y marzo de 1851, la prensa europea de China se ocupó bastante en mudanzas ocurridas en el gabinete de Pekin. Publicóse la traduccion del decreto imperial que declaraba criminales á Muchang-a y á Ki-ing.

“Muchang-a era al antiguo y esclarecido servidor del imperio, que durante un tercio de siglo, habia ocupado los mas elevados cargos del Estado, y que habia sido el primer ministro en los últimos doce años. Ki-ing era igualmente un hombre notable, que habia prestado largos é importantes servicios á su patria, y que últimamente habia sido presidente del Consejo de la guerra y el segundo ministro tártaro del gabinete (1).

“Este Ki-ing fue el negociador y representante del imperio al celebrarse el famoso tratado de Nankin, con el cual terminó la guerra con los ingleses.

“Estos dos personajes, así declarados criminales, eran los representantes de las ideas de civilizacion y de trato con los europeos. Su deposicion y castigo y la condenacion de su política, declarada traidora y contraria á los intereses del imperio, significaba claramente la reprobacion de los tratados con las potencias europeas y la intencion de quebrantarlos.

“La mudanza ministerial alentó el espíritu hostil contra los europeos, que de algun tiempo á esta parte ha aumentado entre los chinos, espíritu que los mandarines no dejan de fomentar por cuantos medios tienen á su alcance, para agradar á la corte y alcanzar valimiento.

“La corrupcion y avaricia de los mandarines que ejercen la autoridad en los diferentes ramos de la administracion, ha subido de punto, principalmente en los últimos cincuenta años, en que parece ha decaído mucho la veneracion á las leyes y buenas costumbres, y el respeto á las tradiciones y máximas de los antiguos filósofos.

“La venta de empleos públicos inferiores, la concesion de grados de mandarin por dinero, las exacciones en metálico á que á veces sujeta el emperador á los altos mandarines, y que estos sucesiva y constantemente hacen pesar los unos sobre los otros en escala descendente hasta el infeliz pueblo, que es el que todo lo paga; la pésima administracion de justicia, cuyos empleados por el mas pequeño acto, como por ejemplo el de presentar una solicitud, exigen dinero, sin cuyo requisito los alguaciles no la hacen llegar á manos de los mas ínfimos mandarines, con los cuales dividen estas ilícitas ganancias; el aumento espantoso del uso del ópio, que enervando los cuerpos y los espíritus y creando una nueva necesidad en todas las clases de la nacion, tan costosa de satisfacer á causa del alto precio de la droga, conduce á la disipacion de las fortunas módicas, y de aquí á la miseria y á los crímenes para saciar aquel vicio, que una vez adquirido es irresistible: todas estas son causas de grave perturbacion en la economía y en las relaciones sociales de este pueblo.

Juzgamos pues, que hay fundamento para prever una gran crisis y el próximo descuadernamiento de este vastísimo Estado. La piratería permanente, el grande y reciente aumento de las cuadrillas de ladrones en todas las provincias, el sordo descontento y el odio del pueblo chino contra todas las autoridades, cuyos vejámenes y robos le agotan la paciencia, á pesar de la mucha que naturalmente tie-

(1) El ministerio chino se compone siempre de siete ministros: siendo cuatro de ellos tártaros y los otros tres chinos.

nen; el antiguo y reconcentrado rencor contra la dinastía de los tártaros; la existencia de muchas y misteriosas sociedades secretas que cuentan gran número de personas de todas clases, y á las cuales no pertenece individuo alguno de la raza tártara; y finalmente el disgusto que á una parte de la nación, y especialmente á sus numerosos adherentes, causó la deposición de Muchang-a y de Ki-ing; todo parece preparar acontecimientos importantes en esta extraordinaria nación, la cual, tal vez solo por medio de una gran catástrofe, saldrá del camino de la especial civilización que ella se creó y que duran-

te tantos siglos ha seguido con paso inalterable.

“Si así aconteciere, será probable que penetren con mas facilidad que hasta ahora en las poblaciones chinas los sanos principios de la civilización cristiana y europea, los cuales elevarán á esta inmensa reunión de hombres, que constituye ella sola mas de la tercera parte de la raza humana, á la situación que corresponde á un pueblo dotado por la naturaleza de tanta inteligencia, amor al trabajo, actividad é industria, y que posee un suelo riquísimo en toda clase de productos, regado por famosos rios y canales.”

CONSEJOS A UNA NIÑA.

No porque more en tus preciosos labios
La espresion de los trópicos ardiente,
Y al encendido sol desde el Oriente
La lumbre de tus ojos cause agravios:

No porque emane de tu voz sencilla
La miel mas esquisita y deliciosa,
Y en tu luciente y cándida mejilla
Vierta su tinte la purpúrea rosa:

No porque quiebre en tus flotantes rizos,
Cadena preciosísima de amores,
Para aumentar tu gracia y tus hechizos,
El cielo sus brillantes resplandores:

No porque luzcan tus ebúrneos dientes
En conchas de corales embutidos,
Y en tus tiernas miradas elocuentes
Se gocen los placeres mas cumplidos:

No porque envidie tu gallardo talle,
Do el ideal mas bello se realiza,
La cimbradora palma que en el valle
Se columpia al halago de la brisa:

No porque, en fin, henchido de terneza
Y en medio de un encanto indefinible,
Homenaje le rinda á tu belleza
Todo el que aliente un corazon sensible:

Pretendas levantar la blanca frente
Altiya y orgullosa hasta las nubes,
Y á la voz del mendigo indiferente
A calmar su infortunio no coadyuves.

Sin acordarte, niña encantadora,
Que es la hermosura, con su gran valía,
Flor que se abre á los besos de la aurora
Y se marchita al caducar el día.

Sin pensar que aunque ufanos disfrutamos
Con la belleza fisica embebidos,
Cuando mas sus placeres anhelamos
Espiran al poder de los sentidos.

Que el alma al separarse de este mundo,
Para cumplir su fin allá en el cielo,
Le deja la materia al suelo inmundo
Y alza á la eternidad su ráudo vuelo.

Que vale mucho mas que ser hermosa
Contemplarse por todos bendecida,
Y la corona de virtud preciosa
En la frente tener siempre prendida.

Que el pudor, la modestia y la inocencia
Son del jardin del alma lindas flores,
Que nunca pierden su preciada esencia
Desafiando del viento los furores.

Modelo sé de la filial ternura,
Amiga consecuente y verdadera,
Y los triunfos que obtenga tu hermosura
Míralos como cosa pasajera.

Préstale al caminante que extraviado
Perdió su rumbo cierto, grato abrigo,
Y, al contemplarlo triste y desgraciado,
Tiende la mano al infeliz mendigo.

No conmueva tu pecho palpitante
El libertino que de vicios lleno
Nos muestra la sonrisa en el semblante
Y dentro el pecho abrasador veneno....

Si el agitado mar de las pasiones
Te inunda alguna vez, sé en ellas casta,
Gozando entre placeres é ilusiones
Ese amor que jamas el tiempo gasta....

Así la paz, la dicha y el contento
Alfombrarán de flores tu existencia,
Sin que consiga un vil remordimiento
Empañar el cristal de tu conciencia.

Teniendo siempre fijo en la memoria
Que el fin de aquesta vida pasajera,
De otra mas bella y sacrosanta hisotria
Es la preciosa página primera....

Que acaba todo lo que mas nos place,
Y el tiempo abate la orgullosa palma,
Que todo en este mundo se deshace,
“Solo es eterna la virtud del alma.”

(Agosto 9 de 1853.)

Andres Diaz.

MORAL.



A MORAL es la fuente de la virtud, sin ella los pueblos desordenados no se diferenciarían en nada de los brutos, y nos atreveremos á sentar esta opinion fundados únicamente en que la razon de nada vale, ó de muy poco, si las buenas costumbres de nuestras sociedades no sujetaran el espíritu animal, ó bien el germen del mal que abrigamos en el corazon, y que pudiera desarrollarse en alto grado en nosotros sin la educacion. Algunos tacharán esta opinion de arriesgada, pero nosotros tenemos en favor nuestro todos esos desgraciados pueblos en que aun no ha llegado el clamor que hace algun tiempo levantan las naciones contra la ignorancia, y que, sumidos en las mas bárbaras y sanguinarias costumbres, se devoran mutuamente con una alegría salvaje.

No podemos dudar que la fuerza de las pasiones acobarda al hombre en la carrera de la virtud (1), y por mas buenos sentimientos innatos que tenga, el que no sabe sobrellevar las flaquezas de la vida y ajustar los ímpetus de su corazon á la moderacion y la templanza, no será nunca otra cosa que un ser en quien las luces de la razon son ineficaces para saberse dirigir en el mundo.

Todos nuestros pensamientos, por mas insignificantes que sean, nos dan pábulo á reflexiones mas ó menos ciertas sobre sus resultados, y si de ellas vemos que pueden producir mas bien daño que beneficio, nos abstenemos de ejecutarlos y los deseamos como inútiles; si así no fuera, en todas nuestras operaciones se advertiría el principio de maldad, de egoismo ó envidia que abrigamos en el corazon, y que solo podemos sofocar por medio de la educacion que hemos recibido.

Aun cuando todos tengamos en el alma, desde que nacemos, un sentimiento de bondad y de virtud, si por medio de la educacion no lo desarrollamos, como desbordado torrente bullen las pasiones en nuestra alma, y se desatan los

vicios, y sofocan los buenos principios, que pudiéramos haber aumentado considerablemente si la fulgente lumbrera de la civilizacion hubiera dirigido nuestros pasos.

Nunca podrá ser que el hombre sin mas instruccion que la luz natural, y sin mas estudio que el demasiado obvio de la naturaleza, pueda comportarse en el mundo con la probidad y desinterés que son necesarios para vivir en la sociedad, ni con la capacidad suficiente para despreciar las flaquezas que son inherentes á la humanidad.

La religion abre sus brazos gigantes á todos: por medio de un sincero arrepentimiento y de una caridad ferviente podemos alcanzar las primicias del Omnipotente, y podemos tambien ocupar un envidiable puesto para con los demas hombres. El ignorante no será nunca mas que un ser desgraciado, semejante al misero viagero extraviado en una noche de tempestad en lo profundo de un bosque desconocido; rodeado de peligros se detiene, no sabe por donde va, no se atreve á dar un paso, y si arrojado se lanza á la ventura por entre el bosque, caerá en alguna oculta sima, donde su cadáver magullado será un triste y desastroso ejemplo para los demas.

La moderacion solo se adquiere por medio de la educacion, y mas de una vez nos salva de ignorados peligros, que ni siquiera habíamos soñado pudieran acontecernos. Todas las virtudes son hijas de la religion, y todas dan al alma en su práctica el goce puro é inefable que siente el hombre cuando concluye de elevar sus preces al Eterno; y ¿qué consuelo mas inocente, qué placer mas sublime que aquel que experimentamos cuando, enagenados por nuestras creencias, separamos la vista de la tierra para dirigirla al firmamento, y en medio de las oraciones religiosas sentimos entusiasmados transportarnos al cielo? Qué dicha mas completa que aquella que experimenta el hombre justo cuando estiende su mano liberal para socorrer la horfandad y la indijencia? Entonces nuestras almas se llenan de regocijo, y sentimos que nuestro corazon se ensancha y nuestros pesares desaparecen como las nieblas de la noche á la salida del sol.

La Moral es la base fundamental de la sociedad, el estribo de la ilustracion y el mas poderoso agente para la civilizacion de un pueblo: sin ella vanos serian esos consuelos dulcísimos que sentimos cuando hacemos el bien,

(1) El ilustrado escritor Don Juan D. Cortés, dice que el mal vence irremisiblemente al bien por los medios naturales, y este á aquel solo por un milagro.

inútiles nuestros esfuerzos para soportar la desgracia, nos entregariamos á la desesperacion y los escesos, y tristemente acabariamos nuestra vida.

¿Qué son los desengaños que miramos á cada instante en el mundo para un hombre ilustrado? Débiles fantasmas que en vano se empeñan en turbar su reposo, y que solo alcanzan una estóica indiferencia, que la Moral le suministra para hacer frente á las mayores pruebas á que lo espongan las flaquezas de la humanidad.

¿Qué mal nos resulta de hacer el bien y no dañar á nuestros hermanos, que son tan acreedores como nosotros á la felicidad y al bienestar? Qué perjuicio nos trae venerar á aquel ser tan sapientísimo y tan misericordioso que nos abre sus divinos brazos y perdona todos nuestros yerros, si arrepentidos volvemos á la carrera de la virtud? Por qué no hemos de alabar á ese ser tan bondadoso, tan lleno de piedad y de compasion para con nosotros, que nos permite que con solo pronunciar su divinísimo nombre nuestros pesares nos abandonen, y que nuestras almas abatidas alienten el espíritu suficiente para poder soportar los desengaños mas tristes y las mas acerbadas desgracias?.....

Por mas infeliz que se considere un hombre, por mas acabado que se halle, nunca será

absolutamente desgraciado si sigue la senda de la Moral, porque esta á cada rato nos hace sentir los goces sublimes que solo concede Dios al bueno. Por ejemplo ¿de qué gozo mas grande no se llena el escritor cuando ve que con el fruto de sus estudios y vijilias hace algun bien á sus semejantes y á su pais, ó cuando un hombre sin orgullo socorre la indigencia, y le da al mendigo un pan que ninguna falta le hace, y que le ha de alcanzar la bendicion del pobre, la paz del espíritu, y le ha de abrir las puertas del reino de los cielos?

Si queremos lograr estos bienes, si anhelamos esa felicidad, por la que todos suspiramos, y á cuyo sagrado templo nos dirigimos todos por diversos caminos, sin mas guía que la esperanza, no nos acobarde la práctica de una religion que á nadie obliga; desechemos y despreciemos esos lujosos atavios con que vemos engalanarse los vicios, y con los que pretenden alucinarnos y hacernos caer en los inmundos abismos donde el padecer es eterno y donde no alumbra la luz del dia.—Infundamos en los tiernos corazones de nuestros hijos las sencillas máximas de nuestra religion, inspirémosles amor á la virtud y dirigida su educacion de este modo, serán hombres útiles á la sociedad y á su patria.

J. V. de Simancas.

DICHA ES AMAR.

De la vida en los albores,
El placer de los amores,
Sus gustos y sus dolores
Aun no probaste quizás.
Mas cuando á gozar empieces
La dicha, que tú mereces,
Del placer hasta las heces
El caliz apurarás!

¡Qué dulce será de hinojos,
Niña de los labios rojos,
Poder gozar de tus ojos
El divino resplandor!
Y sin temor de enojarte
A cada un hora mirarte,
Y en cada suspiro darte
Una existencia de amor.

La vida será á tu lado,
Para el hombre de ti amado,
Manso arroyo sosegado
Que besa humilde tus pies.
Y tú serás, ángel mio,
Junto á la márgen del rio
El árbol que en el estío
Tu sombra amiga le des.

Ay! si en lecho de verdura,
Bellísima criatura,
Tu celestial hermosura
Pudiese yo contemplar!
Allí en alfombra de flores,
Admirando tus primores,
¡Cuánta dicha los amores
Nos hubieran de brindar!

Destrenzados tus cabellos
Por el aura, que tras ellos
Al encontrarlos tan bellos
Tuvo en besarlos placer:
Tu blanca sien coronada
Cien aureola tan preciada,
Fueras ¡oh niña adorada!
Un ángel, no una muger.

Yo á tus pies me postraria,
Yo tus plantas besaria,
Yo la vida te daria,
Si me la pidieses tú.
Porque eres aquí en el suelo,
Del hombre para consuelo,
Ángel que bajó del cielo
Para inundarnos de luz!

Ven! cúbreme con tus alas,
Muéstrame tus bellas galas,
Y el puro aroma que exhalas
Deja que le aspire yo!
Porque si naciste hermosa,
Para amarte cariñosa,
Un alma tierna y fogosa
El cielo me concedió.

Acércate, pues, y calma
El fuego que abrasa el alma,
Si quieres gozar la palma
Que pretendes conquistar.
Y no dudes que me fundo
Si con acento profundo
Te aseguro que en el mundo
La mayor dicha es amar!

I. de Estrada y Zenea.

SECCION PARA LOS NIÑOS.

CUENTOS DE CARLOS PERRAULT.

(TRADUCIDOS DEL FRANCES.)

CUENTO NOVENO.

PIEL DE ASNO.

Habia en una ocasion un rey tan grande, tan amado de sus pueblos y tan respetado de sus vecinos y aliados, que se podia decir que era el mas feliz de todos los monarcas. Su felicidad se veía confirmada por la eleccion que habia hecho de una princesa tan bella como virtuosa, así que estos dos esposos vivian en una union perfecta. De este casto himeneo nació una hija dotada de tantas gracias y encantos, que no sentían el no tener mas prole.

La magnificencia, el gusto y la abundancia reinaban en su palacio: los ministros eran sábios y hábiles, los cortesanos virtuosos y afectos, los criados fieles y laboriosos; y las caballerizas vastas y llenas de los mejores caballos del mundo, cubiertos de ricos caparazones. Pero lo que asombraba á los extranjeros que iban á admirar aquellas hermosas caballerizas, era que en el sitio principal habia un señor asno de enormes orejas. Y no era por capricho, sino con razon por lo que el rey le habia dado un sitio particular y distinguido. Las virtudes de este animal bien merecian esta distincion, pues que la naturaleza le habia formado tan extraordinario que su cama, en lugar de estar llena de estiércol, se cubria todas las mañanas con profusion de buenos escudos y luises de oro, que recogian cuando se levantaba. Pero como las vicisitudes de la vida se estienden así á los reyes como á los súbditos, y los bienes van siempre mezclados de algunos males, el cielo permitió que la reina fuese atacada de repente de una grave enfermedad para la que no se pudo hallar ningun remedio, á pesar de la ciencia y habilidad de los médicos.

El desconsuelo fué general. El rey, sensible y enamorado á pesar del proverbio famoso que dice que el matrimonio es la tumba del amor, se afligió en extremo, é hizo ardientes votos en todas las iglesias de su reino, ofreciendo su vida por la de una esposa tan querida; pero en vano invocaba los Dioses y las hadas. La reina, sintiendo próxima su última hora, dijo á su esposo, que estaba deshecho en lágrimas.—Permitid que, antes de morir, exija de vos una cosa, y es que si se os ocurriese volveros á casar. . . .

Al oír esto el rey dió un grito lastimoso, cogió las manos de su muger, las bañó en lágrimas, asegurándola que era supérfluo hablarle de un segundo matrimonio.—No, no, dijo en fin; habladme mas bien de seguiros, querida mia.

—El Estado, repuso la reina, con una firmeza que aumentaba la pena de este príncipe, exige sucesores, y no teniendo mas que una hija, os apremiará á tener hijos que se os parezcan; pero os pido encarecidamente, por todo el amor que me habeis tenido, que no cedais al deseo de vuestros pueblos sino cuando hayais encontrado una princesa mas hermosa y mejor formada que yo; jurádmelo y muero contenta.

Se presume que la reina, que no carecía de amor propio, habia exigido este juramento porque no creyendo que hubiese en el mundo otra que la pudiese igualar, estaba segura que el rey no se volveria á casar nunca. Al fin murió. Nunca albo-

rotó mas ningun marido, pues no hizo mas que llorar y sollozar dia y noche, único consuelo de la viudez. Los grandes dolores no duran. Por otra parte los principales del reino se reunieron y fueron en masa á suplicar al rey que se casase.

Esta primera proposicion le pareció dura, haciéndole derramar nuevas lágrimas. Alegó el juramento que habia hecho á la reina, y todos sus consejeros desconfiaron de poder hallar una princesa mas bella y mejor formada que su difunta esposa, creyendo que esto era imposible. Pero el consejo calificó de niñería la tal promesa y dijo que importaba poco la belleza, con tal que fuera una princesa virtuosa y no estéril; que el estado quería príncipes para su reposo y tranquilidad; que efectivamente la infanta tenia todas la cualidades necesarias para ser una gran reina; pero que era preciso darla un extranjero por esposo, en cuyo caso ó este extranjero se la llevaba consigo, ó si reinaba con ella, sus hijos no serian reputados de la misma sangre; y que no habiendo un príncipe de su familia, los pueblos vecinos podian suscitarles guerras que acarrearían la ruina del reino. Convencido el rey por estas consideraciones, prometió que pensaría en contestarles.

Efectivamente buscó entre las princesas solteras la que le podría convenir. Todos los dias le llevaban retratos encantadores, pero ninguno reunia las gracias de la difunta reina; así que no se determinaba. Por desgracia advirtió que la infanta su sobrina era no solo bella y bien formada, sino que escedia aun con mucho á la reina, en talento y en gracia; su juventud y la agradable frescura de su hermosa tez inflamaron al rey con un fuego tan violento, que no pudo ocultarlo á la infanta, y la dijo que habia resuelto tomarla por esposa, pues que ella sola podia librarle de su juramento.

La jóven princesa, llena de virtud y de pudor, y teniendo sumo respeto á su tio, pensó desmayarse al oír aquella proposicion, y se echó á los pies del rey, conjurándole con todas sus fuerzas á no obligarla á cometer semejante crimen.

El rey, á quien se le habia metido en la cabeza este vano proyecto, consultó á un viejo druida para tranquilizar la conciencia de la princesa. Este druida, menos religioso que ambicioso, sacrificó el interés de la inocencia y la virtud al honor de ser confidente de un gran rey, ganando con tanta destreza el ánimo de este, que aun le persuadió que era una obra piadosa el casarse con su sobrina. El rey, adulado por las palabras de este malvado, le abrazó y volvió mas preocupado que nunca con su proyecto, mandando pues á la infanta que se preparase á obedecerle.

La jóven princesa, arrebatada del mas vivo dolor, no pensó otra cosa que ir á ver á la hada de Lilas, su madrina. A este efecto partió aquella misma noche en un lindo cabriolé tirado por un carnero que sabia el camino, llegando con toda felicidad. La hada, que amaba á la infanta, la dijo que ya sabia todo lo que venia á decirle; pero que no tuviese cuidado, que en nada la podrían perjudicar, si ejecutaba fielmente lo que iba á prescribirla.—Porque hija mia, la dijo, seria una falta muy grande el casaros con vuestro tio; pero podeis evitarlo sin contradecirle. Decidle que para satisfacer un capricho

que teneis, es preciso que os dé un vestido de color del Tiempo; á pesar de todo su amor y su poder nunca podrá conseguirlo.

La Princesa dió las gracias á su madrina y á la mañana siguiente dijo al Rey, su tío, lo que la habia aconsejado la hada, protestando que no obtendría de ella ningun consentimiento hasta que no tuviera el vestido de color del Tiempo. El rey, muy contento con la esperanza que le daba, reunió los mejores artistas, y les encargó este traje, so pena, si no lo hacian, de colgarlos á todos.

No hubo el disgusto de recurrir á este extremo, pues al segundo dia llevaron el vestido tan deseado. El empireo, cuando está rodeado de nubes de oro, no es de un azul tan hermoso, como el de este magnífico traje cuando se desplegó. La infanta se puso muy triste, no sabiendo cómo salir de este enredo.

El rey apremiaba, y fué necesario recurrir otra vez á la madrina, que asombrada de que su secreto no hubiese tenido éxito, la dijo que pidiese otro de color de luna. El rey, que no podia reusarla nada, envió á buscar los mas hábiles artistas, y les encargó tan espresamente un traje color de luna, que entre mandarlo y llevarlo, no pasaron veinte y cuatro horas. La princesa, mas encantada de este soberbio traje que de los cuidados de su tío, se aflijó en extremo cuando se halló con sus damas y aya. La hada de Lilas que sabia todo, vino en socorro de la afligida princesa y la dijo:—O me engaño mucho, ó creo que si pedís un traje color del sol, llegaremos á fastidiar al rey vuestro tío; pues nunca se podrá llegar á hacer semejante traje, y en todo caso siempre ganaremos tiempo. La infanta convino en ello y pidió el traje: el enamorado rey dió sin pesar todos los diamantes y rubíes de su corona, para ayudar á esta soberbia obra, con órden de no ahorrar nada para hacer este traje igual al sol. Así, en cuanto apareció, todos los que le vieron desplegado, tuvieron que cerrar los ojos, pues tanto deslumbraba. Desde este tiempo datan los anteojos verdes y los cristales empavonados.

¿Qué pasó á la infanta al ver esto? Nunca se habia visto una cosa mejor trabajada y con mas arte; así que se quedó confusa, y so pretexto de hacerla mal á la vista, se retiró á su cuarto, donde la aguardaba la hada, tan avergonzada que no se pudo explicar; y fué mucho peor porque al ver el traje de sol, se volvió roja de cólera.—¡Oh! lo que es ahora, hija mia, dijo á la infanta, vamos á poner á una terrible prueba ese amor. Lo veo muy preocupado con ese matrimonio que cree tan cercano, pero pienso que se quedará un poco aturdido con la petición que os aconsejo le hagais, y es la piel del asno que estima tanto y que provee á todos sus gastos con tanta profusion; id, y no dejeis de decirle que deseais esta piel.

Muy contenta la infanta por haber hallado aun un medio de eludir un matrimonio que detestaba, y pensando al mismo tiempo que nunca se resolveria á sacrificar su asno, fué á buscarle, y le manifestó el deseo de tener la piel de tan bello animal. Aunque el Rey se quedó asombrado de semejante capricho, no dudó en satisfacerla. El pobre asno fué sacrificado y llevada su piel á la infanta, que no viendo ya ningun medio de eludir su desgracia, empezó á desesperarse, cuando su madrina acudió:—¿Qué haceis, hija mia? la dijo, al ver á la princesa arrancándose el cabello y golpeándose sus hermosos carrillos! Hé aquí el momento mas feliz de vuestra vida. Cubrios con esta piel, salid de palacio y andad todo lo que podais; cuando se sacrifica todo á la virtud, los dioses saben recompensar. Marchad, y yo tendré cuidado que vuestros adornos

os sigan por todas partes, y en cualquier sitio que os detengais os seguirá bajo tierra vuestro cofrecillo con vuestros vestidos y joyas, el que aparecerá á vuestra vista, golpeando en la tierra cuando tengais necesidad de él, con esta varita que os doy; pero apresuraos á partir, y no tardeis. La infanta abrazó cien veces á su madrina, rogándole que no la abandonase, se rebujó en aquella mala piel, despues de haberse tiznado con hollin de la chimenea, y salió de aquel rico palacio sin ser reconocida de nadie.

La ausencia de la infanta causó un gran rumor. El rey, desesperado, y que habia hecho preparar una fiesta magnífica, estaba inconsolable. Hizo marchar mas de cien gendarmes y mil mosqueteros en busca de su sobrina; pero la hada que la protegía, la hacia invisible á las mas hábiles pesquisas; así que fué preciso consolarse.

Mientras tanto la infanta caminaba muy lejos, buscando por todas partes alguna colocacion; pero aunque la diesen de comer por caridad, la encontraban tan mugrienta que nadie la queria. Sin embargo, un dia entró en una hermosa ciudad, á la entrada de la que habia una quinta, cuya arrendataria necesitaba una fregona para lavar las rodillas y limpiar los pavos y la artesa de los cerdos. Esta muger, viendo aquella viajera tan sucia, la propuso entrar en su casa, lo que la infanta aceptó de muy buena gana: tan cansada estaba de andar tanto. La pusieron en un rincon de la cocina, donde los primeros dia fué objeto de bromas groseras de la servidumbre; tan sucia y repugnante estaba con su piel de asno! En fin se acostumbraron á ella; por otra parte, era tan cuidadosa en el cumplimiento de sus deberes, que la arrendataria la tomó bajo su proteccion. Conducia los carneros, los recogia cuando era necesario, y llevaba los pavos á comer con tal inteligencia, que parecia que no habia hecho otra cosa en toda su vida; así que todo prosperaba bajo su buena direccion.

Un dia que sentada junto á una cristalina fuente, donde frecuentemente deploraba su triste condicion, se le ocurrió mirarse en ella, se asustó de la facha que tenía con la horrible piel de asno. Avergonzada de semejante compostura, se limpió el rostro y las manos, quedando mas blanca que el marfil y tomando su hermosa tez su natural frescura. Al verse tan bella, le dió ganas de bañarse, lo que ejecutó allí; pero tuvo que ponerse su indigna piel para volver á la quinta.

Felizmente era de fiesta el dia siguiente, así que tuvo lugar de sacar su cofrecito, arreglar su tocado, empolvase el pelo y ponerse su hermoso traje color de tiempo; pero su cuarto era tan reducido que no pudo estender la cola de este traje. La bella Princesa se miró, admirándose ella misma y con razon, y resolvió, para distraerse, ponerse alternativamente sus hermosos trages las fiestas y domingos, lo que ejecutó puntualmente. Entrelazaba flores y diamantes en sus hermosos cabellos con un gusto admirable, y frecuentemente suspiraba por no tener mas testigos de su belleza que sus carneros y sus pavos, que la querian lo mismo con su horrible piel de asno, cuyo nombre la habian dado en esta quinta.

Un dia de fiesta que Piel de asno se habia puesto el vestido color del sol, el hijo del rey, á quien pertenecia esta quinta fué allí á descansar de vuelta de caza. Este príncipe era jóven, hermoso y bien formado, amado de sus padres y adorado de sus pueblos. Le ofrecieron una merienda campes tre que aceptó, y despues se puso á recorrer los corrales y todos los rincones. Corriendo así por todos los sitios, entró en una calle sombría, al fin de

la cual vió una puerta cerrada. La curiosidad le hizo mirar por la cerradura; pero cómo se quedó al percibir á la princesa tan bella y tan ricamente vestida, que con su aire noble y modesto tomó por una divinidad? La impetuosidad del sentimiento que experimentó en aquel momento le hubiera llevado á forzar la puerta, á no ser por el respeto que le inspiraba aquella seductora jóven.

Salió con dolor de aquella pequeña calle sombría y oscura, pero fué para informarse de quién era la persona que habitaba aquel cuartucho. Le respondieron que era una fregona llamada Piel de asno, á causa de la piel con que se vestía, que era tan sucia y asquerosa que nadie la miraba ni la hablaba, y que solo por lástima la tenían para guardar pavos y carneños.

El príncipe, poco satisfecho de esta noticia, conoció que estas groseras gentes no sabían mas, y que era inútil preguntarles. Volvió pues al palacio del rey, su padre, sumamente enamorado, teniendo continuamente presente la bella imagen de la divinidad que había visto por el agujero de la cerradura, arrepintiéndose de no haber llamado á la puerta, y prometiéndose no dejar de hacerlo otra vez. Pero la agitacion de su sangre, causada por la vehemencia de su amor, le ocasionó una fiebre tan violenta que bien pronto puso su vida en peligro.

La reina, su madre, que no tenía mas hijo que él, se desesperaba de que todos los remedios eran inútiles. En vano prometía las mayores recompensas á los médicos, pues aunque empleaban todos los recursos de su arte, nada aliviaba al príncipe. Al fin, adivinaron que un mortal pesar causaba todo aquel estrago, y se lo advirtieron á la reina, que llena de ternura por su hijo, le conjuró á que dijese la causa de su mal; y que aun cuando se tratase de ceder la corona, el rey, su padre, descendería del trono sin pesar para que subiese él; que si deseaba alguna princesa, aun cuando se estuviese en guerra con el rey su padre, y que hubiese justos motivos de queja, se sacrificaría todo para obtener lo que deseaba, pero que le conjuraba de no hacerla morir, pues que su vida dependía de la suya.

La reina no acabó este tierno discurso sin humedecer el rostro del príncipe con un torrente de lágrimas.—Señora, la dijo en fin el príncipe con voz muy débil, no soy bastante desnaturalizado para desear la corona de mi padre; permita el cielo que viva largos años, siendo yo el mas fiel y respetuoso de sus súbditos! En cuanto á las princesas que me ofreéis, aun no he pensado en casarme; y bien podeis creer que, sumiso como soy á vuestra voluntad, os obedeceré siempre en todo y por todo.

—¡Ay! hijo mio, nada nos será costoso con tal de que te salvemos la vida: pero, querido hijo, salva la mia y la del rey tu padre, declarándome lo que deseas, en la seguridad de que te será concedido.—Bien, señora, dijo, pues que es preciso declararos mi pensamiento, voy á obedeceros, pues consideraría un crimen el poner en peligro la vida de dos personas tan caras para mí. Sí, madre mia, deseo que Piel de asno me haga una torta, y que despues de hecha me la traigan. Asombrada la reina de un nombre tan raro, preguntó quién era esta Piel de asno.—Señora, contestó uno de los oficiales que había visto á aquella jóven por casualidad, es el animal mas feo despues del lobo; una piel negra, una asquerosa que habita en vuestra quinta y que guarda vuestros pavos.

—No importa, dijo la reina; sin duda mi hijo de vuelta de caza habrá comido alguna pasta suya; es un capricho de enfermo; en una palabra quiero que Piel de asno, pues que existe, le haga al momento

una torta. Fueron corriendo á la quinta é hicieron venir á Piel de asno, para que hiciese una torta para el Príncipe lo mejor que pudiese.

Algunos autores han asegurado que en el momento que este príncipe miró por la cerradura, se percibió Piel de asno, y que mirando despues ella por su ventanita, había visto á este príncipe tan jóven, tan hermoso y tan bien formado, que se le había quedado grabada su imagen, costándole frecuentemente este recuerdo algunos suspiros. Como quiera que sea, habiéndole visto Piel de asno ó habiendo oído hacer muchos elogios de él, muy contenta de poder hallar un medio de hacerse conocer, se encerró en su cuartito, echó á un lado su mala piel, se limpió el rostro y las manos, se peinó sus blondos cabellos, se puso un bello corpiño brillante de plata, y un jubon igual, poniéndose en seguida á hacer el pastel tan deseado para lo que tomó harina de flor, huevos y manteca fresca. Trabajando, sea de intento ó de otro modo, se le cayó una sortija en la pasta, mezclándose en ella; y en cuanto la torta estuvo cocida, rebujándose en su horrible piel, se la dió al oficial, á quien pidió noticias del príncipe, pero aquel hombre, no dignándose contestarle, corrió á llevar la torta al príncipe.

Este la tomó ávidamente de manos del oficial, y la comió con tal ansia, que los médicos que estaban presentes no dejaron de decir que este furor no era buena señal; efectivamente, el Príncipe pensó ahogarse con la sortija, que encontró en uno de los pedazos de la torta; pero la sacó hábilmente de su boca, y su ardor en devorar la torta se disminuyó al examinar aquella fina esmeralda montada en oro, cuyo anillo era tan estrecho, que juzgó no podía servir sino al dedo mas mono del mundo.

Besó mil veces esta sortija y la puso bajo su almohada, sacándola siempre que creía no ser visto de nadie. Los tormentos que pasó para imaginar cómo podría ver á aquella á quien viniera la sortija, no atreviéndose á creer si permitirían venir á Piel de asno, que era quien le había hecho la torta que él pidió, caso de que él la llamase, no atreviéndose tampoco á decir lo que había visto por el agujero de la cerradura, por miedo de que se burlasen de él y le tomasen por un visionario; atormentándole todas estas ideas á la vez, le volvió fuertemente la calentura, y los médicos, no sabiendo qué hacerse, declararon á la reina que el príncipe estaba enfermo de amor.

La reina acudió al cuarto de su hijo con el rey, que estaba inconsolable.—Hijo mio, querido hijo, exclamó el monarca afligido, dinos la que quieres, te juro que te la daremos, aunque fuese la mas vil de las esclavas. La reina, abrazándole, le confirmó el juramento del rey.

Enternecido el príncipe por las lágrimas de los autores de sus dias, les dijo:—Padres míos, no tengo intencion de hacer una alianza que os desagrade, y en prueba de esta verdad, dijo él sacando la esmeralda de debajo de la almohada, me casaré con la que la venga esta sortija, sea quienquiera, pues no parece que debe ser una rústica ó una aldeana la que tenga un dedo tan lindo. El rey y la reina cogieron la sortija, la examinaron con curiosidad, y juzgaron lo mismo que el príncipe, que esta sortija no podía venir sino á una hija de buena casa. Entonces el rey, abrazando á su hijo y rogándole se curase, salió é hizo publicar por toda la ciudad por medio de sus heraldos, al son de los tambores, pitos y trompetas, que viniesen á palacio á probarse una sortija, y que aquella á quien viniese justa, se casaría con el heredero del trono.

Al principio fueron las princesas, luego las duquesas, marquesas y baronesas; pero por mas que

todas se adelgazaban los dedos, ninguna se pudo poner la sortija. Fué preciso acudir á las grisetas, que aunque todas eran lindas, tenían los dedos demasiado gruesos. El príncipe, que se encontraba mejor, hacia el mismo ensayo. En fin, se acudió á las doncellas ó criadas, pero tampoco lograron nada. Ya no había nadie que no hubiese probado esta sortija sin éxito, cuando el príncipe mandó venir á las cocineras, marmitonas y guardas de carneros: todas fueron, pero sus dedos gordos, rojos y cortos no pasaban de la uña.

—Se ha hecho venir á aquella Piel de asno que días pasados me hizo una torta? dijo el príncipe. Todos se echaron á reír, y le dijeron que no, pues era muy sucia y asquerosa.—Que vayan á buscarla al instante, dijo el rey, no se dirá que he exceptuado á nadie. Fueron corriendo á buscar á la pava, riendo y burlándose.

La infanta, que había oído los tambores y los gritos de los heraldos de armas, se temió que su sortija armase aquel alboroto: amaba al príncipe, y como el verdadero amor es tímido y no tiene vanidad, estaba en el temor continuo de que alguna dama tuviese el dedo tan delgado como el suyo; así que tuvo gran gozo cuando vinieron á buscarla y llamaron á su puerta. Desde que supo que buscaban un dedo propio para su sortija, yo no sé qué esperanza la impulsó á peinarse con mas cuidado y á ponerse su bello corpiño de plata con el jubon lleno de falbalas de encaje de plata sembrado de esmeraldas. Así que oyó que llamaban á la puerta para llevarla á palacio, se puso al instante su piel de asno, y abrió la puerta, y aquellas gentes, burlándose de ella, la dijeron que el rey la llamaba para casarla con su hijo; en seguida, con grandes carcajadas, la llevaron á casa del príncipe, que asombrado él mismo del atavío de esta jóven, no se atrevía á creer que fuese esta la que había visto tan pomposa y tan bella. Triste y confuso por haber sido tan torpemente engañado, la dijo:—Sois vos la que habitais al final de la calle oscura en el tercer corral de la quinta?

—Sí, señor, respondió ella.

—Enseñadme vuestra mano, dijo él temblando y dando un profundo suspiro.

Pero cuán sorprendidos se quedaron el rey y la reina, así como todos los gentiles-hombres y grandes de la corte, cuando de debajo de la piel negra y mugrienta salió una pequeña mano delicada, blanca y color de rosa, en la que la sortija se ajustó al dedo mas bonito del mundo, y cuando por un pequeño movimiento que hizo la infanta, cayó la piel, apareciendo de una belleza tan seductora, que el príncipe, débil como estaba, se arrojó á sus rodillas y las apretó con un ardor que la hizo enrojecer;

pero casi no se apercibieron de esto, porque el rey y la reina corrieron á abrazarla con todas sus fuerzas, preguntándole si quería casarse con su hijo.

La princesa, confusa de tantas caricias y del amor que le mostraba este jóven y bello príncipe, iba sin embargo á darles las gracias, cuando el techo del salon se abrió, y bajando la hada de Lilas en un carro de ramas y flores de su nombre, contó la historia de la infanta con una gracia admirable. Encantados el rey y la reina de ver que Piel de asno era una gran princesa, redoblaron sus caricias; pero el príncipe fué aun mas sensible á la virtud de la princesa, aumentándose su amor con esto.

La impaciencia del príncipe por casarse con la princesa fué tal, que apenas dió tiempo para hacer los preparativos convenientes á tan augusto himeneo. El rey y la reina, que estaban locos con su nueva, la prodigaban mil caricias, teniéndola sin cesar en sus brazos, pero ella declaró que no podía casarse con el príncipe, sin el consentimiento del rey su tío; así que fué el primero á quien se invitó, sin decirle quién era la desposada, pues la hada de Lilas que presidia á todo, como era justo, lo había exigido así á causa de las consecuencias. Fueron reyes de todos países, unos en literas, otros en cabriolés, los mas distantes montados en elefantes, tigres y águilas; pero el mas magnífico y poderoso era el tío de la infanta, que había olvidado felizmente su amor desordenado, habiéndose casado con una reina viuda muy hermosa, de la que tuvo hijos. La infanta salió á recibirle, y al punto la reconoció y la abrazó con gran ternura, antes de que ella tuviese tiempo de echarse á sus pies. El rey y la reina le presentaron su hijo, al que colmó de amistad.

Las bodas se celebraron con toda la pompa imaginable: pero los jóvenes esposos, poco sensibles á estas magnificencias, no miraban ni veían mas que ellos. El rey, padre del príncipe, hizo coronar á su hijo aquel mismo día, y besándole la mano, le colocó en su trono, á pesar de la resistencia de este buen hijo, que tuvo que obedecer. Las fiestas de este ilustre matrimonio duraron cerca de tres meses; pero el amor de estos esposos duraría aun, tanto se amaban, si no hubiesen muerto cien años después.

MORALEJA.

No merece gran crédito la historia;
Mas mientras haya madres,
Abuelas y comadres,
Y niños en la tierra
Que á sus madres den guerra,
Del pellejo del asno habrá memoria.

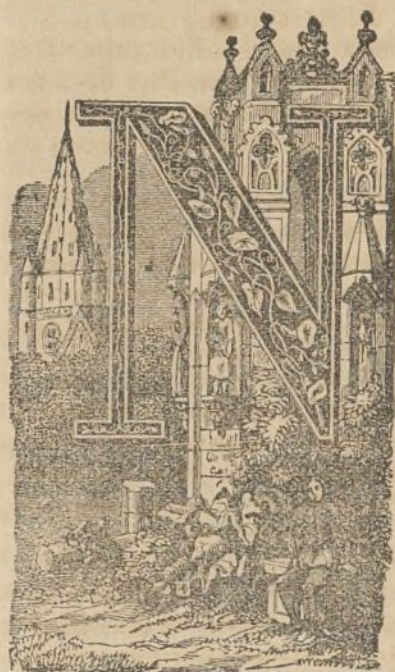
DELIRIO.

Sombra de la que amé, ser vaporoso
Que vagas sin cesar en torno mio,
Y cambias en desvelo mi reposo,
La risueña esperanza en desvario:
Siempre un recuerdo triste, doloroso,
Lanzas al pecho como dardo impío,
Marchitando inhumana con tu aliento
La purísima flor del sentimiento.
Tú me ocultas los vívidos fulgores
Que derrama la aurora en el Oriente,
Y los últimos tibios resplandores
Del moribundo sol en Occidente.
Si busco los arroyos bullidores

Por contemplar la linfa trasparente,
Seduces á los vientos, los ensañas,
Y el límpido cristal al punto empañas.
Huye lejos de mí, sombra maldita!
Del huracan en alas ve al abismo
Do está tu historia entre su cieno escrita
Por la mano infernal del Fatalismo.
Mas ¡ay! la fiebre que mi mente escita,
El dolor y el recuerdo á un tiempo mismo
Tienden de abrojos á mis pies la alfombra
Do vagas sin cesar, funesta sombra.

M. F. Trevejo.

HISTORIA DE UN AMOR.



NEBULOSA y melancólica estaba la tarde del año de 18... en el mes de diciembre. Las casas de la pequeña ciudad de ***, en nuestra Cuba, se hallaban casi todas cerradas, y de vez en cuando interrumpía el silencio, que rayaba en lúgubre, el golpe de una puerta que se cerraba con violencia, á impulsos del viento frío del Norte, que azotaba los rostros de las pocas personas que recorrían las calles: unas precisadas á salir á alguna urgente diligencia, otras que iban misteriosamente abrigadas en anchos capotes de tosco paño, y que se miran vagar lentamente en esos días lluviosos y fríos, cual emisarios que llevan misteriosas misivas del dios de las visiones y fantasmas. Una fría y menuda lluvia caía sobre la desierta ciudad. Desde lejos se oía el melancólico y triste son de la campana de la parroquia, que con su lengua de bronce llamaba á los fieles habitantes á la oración de la tarde.

Eran las seis. Las voces del órgano se elevaban con dulce y sentimental melodía desde el coro de la iglesia, produciendo en el ánimo de los cristianos un indefinible sentimiento de temor y respeto hácia el lugar consagrado á los cultos de nuestra sacrosanta religión. Varias personas de ambos sexos inclinabanse de rodillas ante la efigie de nuestro divino Redentor, elevando sus corazones llenos de unción al alcázar de Dios, demandando amparo y consuelo por las tribulaciones de la vida. Un silencio no interrumpido reinaba en la iglesia, oscilando las luces de las antorchas por el aire frío que penetraba por las claraboyas practicadas á cierta altura de las paredes, proyectando las vacilantes llamas sus reflejos sobre los objetos que se hallaban en el templo, y que parecían adelantarse y retroceder según la oscilación continua de las rojas luces. ¡Cuántos pensamientos se despiertan en uno de esos momentos en nuestra mente, qué mundo de recuerdos! El corazón se sobrecoje y oprime, y nos trasladamos á un mundo des-

conocido de misterios y visiones, presentándonos desnudos de preocupaciones y mundanas agitaciones, de pensamientos impuros é inmorales, purificándonos de las miserias de la vida humana, y sumergiéndonos en éstasis de dulce y consoladora melancolía. Solamente un corazón material y ateísta podrá permanecer insensible cuando nos hallamos, á la triste hora del crepúsculo vespertino, en el recinto de una iglesia alumbrada por blancas antorchas que despiden ténues reflejos, escuchando el acento dulcísimo del órgano, que se eleva al cielo en puras y sonoras notas que nos van á herir en mitad del alma y nos hace conmover hasta lo íntimo de nuestro corazón. ¡Qué sentimientos de inefable amor y esperanza experimenta un corazón sensible y tierno! Allí, en aquel lugar donde solo se escucha la voz del sacerdote que canta las alabanzas del Señor acompañado del órgano, en medio de aquel silencio solemne y grandioso, inclinamos nuestra frente y nos entregamos á la meditación.... ¡Dulce y suave meditación, que introduce en nuestro pecho un bálsamo de esperanza y resignación!....

Inmediato á una columna se hallaba una mujer arrodillada, vestida de luto, cubierta su faz por un velo de punto negro, inclinada la cabeza, y que parecía estar sumergida en profunda meditación y abatimiento. Al contemplar su bien contorneado talle, que su vestido dibujaba graciosamente bajo sus pliegues, su pulida cabeza adornada de lustrosos y negros cabellos, que se divisaban á través de las mallas del velo, y toda su noble presencia, podíase asegurar, sin temor de equivocarse, era aquella mujer alguna desgraciada jóven que había sido ajitada en los mares de la vida por el soplo del funesto huracán, y que, arrojada á las playas por el impulso de las olas tempestuosas de las pasiones, lloraba las pasadas cuitas y el dolor de sus pesares. Alzóse el velo para enjugarse los inundados ojos, pues lloraba, y púdose entonces admirar una de aquellas nobles facciones que inspiran interés y simpatía á primera vista. Sus ojos, á pesar de estar velados por las lágrimas, eran hermosos y rasgados, revestidos de sedosas pestañas, retratándose en ellos el color de la noche, boca pequeña y graciosa, nariz que rivalizaría con la de una estatua griega, y en el conjunto de su rostro se observaba un aire de dignidad y nobleza que cautivaba á todo el que fijaba sus ojos en ella. Un ¡ay! comprimido é involuntario se escapó de

su pecho, y al verse observada por los que estaban inmediatos á ella, ruborizada y tímida, volvió á cubrirse con el velo, queriendo ocultarse de las miradas importunas que la asediaban. Pobre jóven, que tenia retratada en su pálida frente el fatídico sello del infortunio: desgraciada criatura, que en los albores de sus años, derramaba ya las lágrimas amargas de la desesperacion.... ¿Qué dolor roería su corazón? Cuál pena destrozaría su pecho?.... Mas tarde supe la historia dolorosa de aquella muger que habia hallado una tarde del mes de diciembre en una lúgubre iglesia y al resonar de los cánticos religiosos, y en medio de las sombras del crepúsculo....

Luisa era una pura y linda niña de quince años que vivía al abrigo de sus padres y en el seno de su familia, que fundaba en ella su esperanza y delicia, viendo ellos resbalar sobre la frente de la cándida niña los años de la mas hermosa ventura y felicidad, y en medio de su confianza creyendo que jamás debiera verse interrumpida aquella existencia de paz y ventura. Pero ay! cuán fugaces fueron aquellas horas de feliz encanto! cuán presto fueron interrumpidos aquellos alborozos y delirios de la familia por las lágrimas y la desesperacion.... Luisa amó, y el mortal que su corazón señalara para formar el encanto de su vida, no correspondió á lo que la pura y hermosa niña habia solicitado de él. Su amor, su corazón, su vida entera y cuanto poseía la bella Luisa lo ofreció al afortunado amante, con toda la efusion de su cariño y el entusiasmo de su primer amor. En cambio él la dió horas de dolor y desesperacion, llanto y desconsuelo, odio para ella, en vez de pagar su amor, y amargó para siempre el resto de los dias de la desgraciada Luisa. El miserable creyó escapar libre é ileso del lugar donde dejara las huellas de su crimen, y olvidar pronto aquel amor, que no fuera en su corazón mas que un ligero pasatiempo sin conmoverlo ni hacerlo palpar.

En la misma noche en que se preparaba el malvado para huir, fué sorprendido por el hermano de la víctima, que venia á demandarle la reparacion del ultrage que habia hecho á su

hermana, por medio de la sangre.... — Como si el derramar la sangre de su contrario volviese el honor á la muger que habia sido deshonrada, y la dejase reparada y sin mancha. — ¡Error humano, que quiere ventilar todas las cuestiones con la espada y con la inundacion de mares de sangre! Aquella noche ambos adversarios, con un acero desnudo, se disputaron por algunos minutos la existencia con encarnizada furia, queriendo en medio de su frenético delirio beberse el uno al otro la sangre. Las espadas dejaron de chocar de pronto: dos cuerpos cayeron en tierra nadando en un lago de sangre. El hermano de Luisa exhaló el postrer aliento, pues la espada de su contrario habiale atravesado el corazón, y el otro, despues de tres dias de agonía mortal, voló á la Eternidad.

¿Por ventura quedó satisfecho y lavado el honor de Luisa? Ay! por mas que pretendan los hombres lavar el honor con sangre, el honor queda aun mas empañado con las manchas sangrientas. Los padres no pudieron soportar tan terrible golpe, y un mes despues habian abandonado este mundo. Quedó Luisa sola, sin apoyo y sumida en la mas terrible desesperacion, y una violenta enfermedad la condujo á las puertas del sepulcro; pero una crisis la salvó, y poco á poco fué restableciéndose, aunque siempre cubierta de negra melancolía y tristeza. Habiendo quedado reducida á la indijencia y sin recursos, determinó entrar á servir á una familia acomodada, para acompañar á las jóvenes de la casa. Condolidos de la desgracia y hermosura de la linda Luisa, aquella familia fué para ella su amparo, y la prohibaron, procurando consolarla y darle la resignacion de los verdaderos cristianos. La herida quedó siempre en el corazón de la pobre jóven, y una honda tristeza se notaba siempre en sus facciones. Despues han pasado años, y no he vuelto á saber de la desgraciada niña desde que me ausenté de aquel punto. Tal vez habrá ya dejado este valle de pesadumbres, y habrá volado á la mansion de los justos.

F. de P. Gelabert.

A NISE.

Hirióme del dolor el rayo ardiente
Al lanzarme en el mar de las pasiones,
De la infancia las bellas impresiones
El recuerdo feliz borró en mi mente.

Al cielo levanté mi voz doliente
Entre lágrimas, ayes y oraciones,
Mas nacieron mis dulces ilusiones
Al ver, cubana, tu modesta frente.

Todo, todo á mi vista sonreía,
La esperanza halagüeña tu ternura
Y tu amor virginal me prometía.

Pronto nublóse el sol de mi ventura:
Batió sus palmas la calumnia impia
Robándome tu amor y tu hermosura.

M. F. Trevejo.

INFLUENCIA DE LA MUSICA, COMO TRATAMIENTO MORAL DE LA LOCURA.



LOS experimentos practicados en muchos hospitales han confirmado el hecho, conocido hace tiempo, de que la música ejerce un poderoso influjo en las personas atacadas de enfermedad mental. En el concierto verificado en uno de los hospitales de dementes de Paris se han observado muchas circunstancias particulares, que merecen llamar la atención.

Durante la ejecución de los trozos de música que se verificaban en la capilla, reinó la mayor calma entre los dementes. Las mugeres, particularmente, escuchaban los acentos melódicos con una especie de admiración, como fascinadas por un invencible encanto; y solo al final de un trozo de música de un ritmo muy rápido, se puso á bailar una de ellas dentro del recinto en que se hallaba. Las piezas religiosas, entre otras una invocación á la Virgen, produjeron un efecto maravilloso.

Conducidos los músicos al salón reservado para las locas furiosas, se les recibió con gritos, amenazas y acompañamiento de gruesos proyectiles, que cayeron sobre sus cabezas. Formáronse sin embargo en círculo, y al escuchar las primeras notas, aquella turba frenética, tan furiosa y arrebatada momentos antes, se calmó de pronto, y escuchó con atención suma. Los suaves cantos les habían devuelto súbitamente la calma; pero apenas cesó la música, empezó la gritería de nuevo con mayor fuerza.

Al retirarse, los artistas se detuvieron en el dintel de la puerta para tocar por última vez. La mayor compostura reinó en aquella desenfrenada reunión, como la vez primera, y también, al concluirse, á la calma sucedió el tumulto. Por último, una loca se acercó á los músicos, dándoles las gracias con tanta formalidad y buenos modales que logró engañar á todos acerca de su estado mental.

En otros hospitales la música ha producido los mismos felices resultados en los míseros privados de la razón. La mayor parte han recobrado momentos de lucidez y calma, y esto siempre es un paso que puede conducir á la curación completa.

El tratamiento de los locos por medio de la música, data ya de bastantes años, aunque no puede decirse que se haya puesto en práctica. En el *Diario de conocimientos médicos prácti-*

cos, publicado por el Dr. Caffé, en 1838, se hace el análisis de la obra titulada *La filosofía de la locura*, en la que se prueba que dicha enfermedad debe mas bien ser tratada por los medios morales, que por los recursos físicos: el libro está escrito por el doctor José Daquin. La primera edición data de 1791, y diez años despues escribió Pinel acerca de ella su grande obra.

En un pasaje de la obra de Daquin se lee lo siguiente: "Cualquiera que sea la causa de la locura, es muy esencial que el médico se capte la confianza de los locos sometidos á su cuidado, y halle sobre todo en la fecundidad de su talento recursos morales para traerlos á la razón, porque de todos los males que afligen á la humanidad, la locura es acaso el que menos necesita de los recursos de la farmacia. Se obtienen resultados mucho mas ventajosos y seguros con los enfermos de esta clase por medio de la paciencia, por mucha dulzura, por una ilustrada prudencia, por solícitos cuidados, por consideraciones, y sobre todo, por palabras de consuelo que se deben dirigir á los lucidos intervalos de que suele gozar de vez en cuando. A la reunión de todos estos medios es á lo que se llama filosofía."

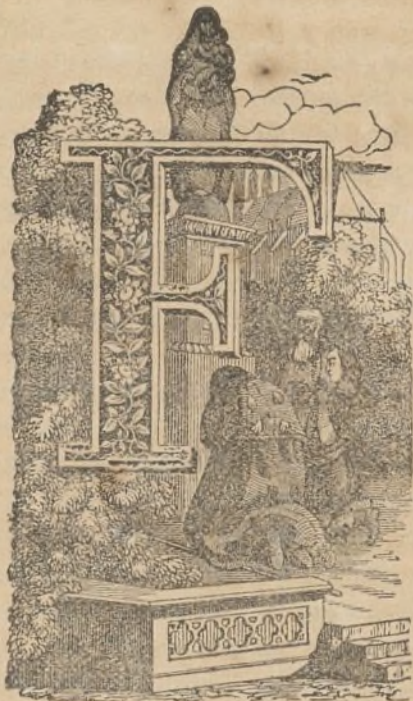
Este médico aconseja además que se aplique la música al tratamiento filosófico de ciertas afecciones mentales. "Por impropio que parezca un concierto en medio de un hospital de locos, no por eso lo considero menos útil, y muchas veces me ha acontecido calmar á un furioso rematado, penetrando en su celdilla y haciéndole oír un trozo de música."

"Los antiguos, que han sido tambien muy buenos observadores, añade Mr. Caffé, miraban la música como un socorro tan saludable para la economía animal, que en sus alegorías el dios de la música era el dios de la medicina. Frecuentemente se ha observado, que si por acaso los locos oían cánticos ó el sonido de los instrumentos, sus sentidos se afectaban de tal suerte que su furor cesaba, y volvían insensiblemente á un estado de inesperada calma."

Chiron, hábil médico de la antigüedad, no empleó otros medios para domar la soberbia de su discípulo Aquiles, y sabido es que el furor de Saul se aplacaba con los armónicos sonidos del arpa de David.

La música, con su ritmo tan marcado, imprime la misma regularidad á todas nuestras fibras, y esto es tan cierto, que se han visto muchos animales pararse repentinamente al escuchar sus acentos.

EN EL BOHIO.



ELIZ, muy feliz es aquel que se conforma con el lugar en que lo colocó la sabia Providencia, y, ajeno de grandezas y ambiciones, cifra su dicha admirando la hermosura de la naturaleza, haciendo la felicidad de la muger á quien nombra amante ó esposa. Feliz es, sí, porque sus pensamientos no se detienen embelesados y fatalmente en las artesonadas salas de un palacio, llenas de seductoras y deslumbrantes mugeres casquivanas, ajitadas al voluptuoso compas del baile. Feliz, porque su corazón no palpita sediento de poseer ricos tesoros ni magníficos trenes."

Así decía yo en una hermosa noche de enero, blanda como la esencia que las abiertas rosas regalaban á la apacible brisa que las besaba, proyectándose la oscilante luz de las estrellas en el cristal de los lagos y los ríos. El susurro de los plátanos, los suspiros de la palma, el lejano y monótono canto de los negros desde el trapiche del ingenio, las humaredas que salían de las torres de la casa de calderas, las encendidas tumbas, que cual volcanes en erupcion elevaban sus llamas en el espacio, y el monótono silbo de la chicharra, todo, todo deramaba en lo mas recóndito de mi alma un sublime torrente de placer y poesía, en medio á una entusiasta enagenacion de la que no hubiera querido salir, si el poder de mandar en su espíritu le regalara Dios al hombre para su eterna dicha!.... Noche de amor é inspiracion, nunca te apartarás de mis futuras ideas, y tu grato recuerdo me será uno de los mas santos veneros de gloria que contará quien te concede una lágrima de emocion imperecedera....!

¿Comprendeis, queridas amigas, la hermosura de la naturaleza cubana?.... ¿Amais la vida del campo y desearias gozar en él una dulce conversacion de amor, un suspiro, un beso, el placer de un juramento y el latir de un alma que os pertenece?.... Id, á la hora en que toca á silencio desde el batey de algun ingenio una campana vibrante y melancólica, al

negro y pajizo bohío de un anciano y humilde guardiero; en esa hora en que las aves se procuran un albergue entre las verdes ramas del enmarañado monte, y que hablan los ríos con las cerradas flores ese idioma que solo comprenden los amantes y los poetas; en esa hora en que el sonido de una lejana gangarria os dice que atraviesa el camino-real el arria de un tostado guagiro, dirigiéndola á la ciudad, para vender los frutos que le regaló la tierra al sudor de su honrada frente y al pico de su arado, ó en la que empieza el sol á esparcir sus rayos en la tierra. Id sencillas, sin otros adornos en vuestras virginales cabezas que campanillas y aguinaldos, que se enredan en la cerca de piñones, y fragantes flores de café en vuestro sombrerillo de criollo guano, lleno de cintas azules. Id para gozar, porque en esa hora y dentro un bohío, están las dichas imperecederas y escojidas que desconocen los hombres que se revuelcan en el lodo inmundo de los deleites; porque allí está la vida y la verdad, el espiritualismo y la poesía, amalgamadas con el amor y las piñas, con la ventura y las cañas....

Figuraos que al extremo de un estenso cañaveral está el bohío y al otro un cerrado monte de caobas, yayas y guayabos, y que desde la pequeña puerta, practicada en las yaguas, sale un derecho é interminable trillo que os lleva á la casa de vivienda del ingenio, que se divisa al lejos. En lontananza descubris una larga cordillera de colinas, cual columnas de esmeralda, y el humo que de algunas de ellas sale, os demuestra tienen establecidos sus palenques tribus africanas escapadas de la servidumbre y del trabajo. Detras de vosotras está el canoso guardiero, brindandoos en un plato de loza ordinaria, limpio y llano, menudos trozos de caña, que tomáis entre alegres risas y palabras que demuestran vuestro júbilo y contento, dormidos á los pies los ceñudos perros del mayoral, compañeros de vuestro paseo. El ardiente ídolo de los ciboneyes y los puelches descansa sus rayos de plano sobre el techo de pencas de guano del reducido bohío, y ya es tiempo que os dirijais al ingenio, pues se acerca la hora de la comida, lo que así haceis, dando un amable *adios* al guardiero, y dirigiendoos por el trillo, seguidas de los perezosos perros y ajustado el sombrero sobre las negras y ondulantes trenzas. En sabrosa conversacion enajenadas, se os hace corto el camino, y por fin llegais, dando la vuelta á la blanca casa de calderas, y entrando en la de vivienda, en cuyo colgadizo se halla vuestra

madre impaciente esperandoos, y reconviniendoos por los encendidos colores que el sol y el cansancio han hecho salir á vuestro hermoso y húmedo rostro. Os sentais con la esperanza de volver al bohío cuando caigan las brumas de la tarde y empiecen los cocuyos americanos á brillar sobre los árboles, como las estrellas en el azulado cielo. ¡Qué dicha tan incomparable y magnífica! Cómo late el corazón solamente en pensarla!... ¡Qué verdadera felicidad!...

Ay! dulces amigas!.... ¡Cuántos suspiros se arrancan de mi alma, cuando recuerdo los blandos momentos que he pasado dentro un bohío ó un cuadro de café, al tierno lamentar de la brisa en los plátanos y los palmares; mientras que otros negligentes y potentados yacían en brazos del sueño y la negra pesadilla de sus remordimientos, yo contemplando, bien una nube cruzar la etérea region, ó la inquieta luz de una hermosa estrella, las plantas y las flores cuajadas de rocío, ora oyendo los imperceptibles suspiros de las lagunas y los arroyos, la canturía de los negros que cruzan al trapiche cargados de gruesos haces de cañas, la gangarria de un arria ó el tiple que acompaña la voz del guagiro enamorado, cantando amorosas décimas!.... Aun recuerdo unas, que no puedo por menos de copiaroslas, las cuales escuché una noche á las doce, desde el bohío de un anciano guardiero que me vió nacer, me tuvo en sus brazos cuando niño, y mucho me quería; pero ¡ay! que la cruda muerte, al contemplarlo bueno y humilde, cortó el hilo delgado de sus días con su envenenada guadaña...! Estas eran las décimas:

Feliz aquel que en la vida
Cifró toda su ambición
En amar de corazón
A su guagira querida:
Y en su mirada encendida
Calmó su acerbo dolor
Y al suspiro arrullador
De sus gratos embelesos,
Bebió la miel de sus besos
Entre palabras de amor!....!

Abrasado por las lavas
De ese fuego sacrosanto,
Alzó entusiasta su canto
Debajo las cañas bravas;
Sin las enojosas trabas
De falaz hipocresía,
Sin que la calumnia impía
Marchitara su contento,
Erguido y sin sentimiento,
Como el cedro y la varia.

Bendiga, Cuba, tu suelo
El Dios de bien y grandeza,
Tu rica naturaleza,

Las estrellas de tu cielo,
Este dulcísimo anhelo
Con que siempre te miré,
Esta sacrosanta fé
Con que amara entre mis calmas
Tus brisas, piñas y palmas
Y tus cuadros de café.

Yo desdeño el vil favor,
La humillación, la bajeza,
Solo quiero la ternura
De la prenda de mi amor:
Y no tuviera dolor,
Si de la desgracia al peso
Bajara á la tumba opreso
Por el cruel destino impío,
Si pagara el llanto mío
Mi guagira con un beso!....

Estas dulces décimas están guardadas en mi corazón con un hermoso poema de memorias gratas y poéticas, como os he dicho, ¿y quién que naciera en Cuba no las guarda, no las ama, no vive y sueña con ellas?....

Yo, que á mas de tenerlas encontré entre sus *cármenes* valles, una flor bañada en las cristalinas aguas del San Julian, blanca flor que incienso mi vida con el casto suspiro de su amor, comprendo en su justo precio los instantes de esa felicidad disfrutada entre piñas y cañas, y aun mas dulce que el argentado guarapo de los ingenios y las aguas finas del patrio Almeydares.

Dichoso uno y mil veces seria si cuando reclame mi alma el cielo y la mortalidad de mi cuerpo la tierra, antes de ocupar la tumba, exhalo el último suspiro en los carmíneos labios del ángel de mi hogar, entonces, en el estrecho recinto de un bohío, en esa hora en que parece que el núnmen de nuestra inspiración, llamando al espíritu del alma, parece decirnos: "*Contempla á Dios, ama y bendice á tu patria!*....

Si sois sensibles, caras amigas, si queréis sentir el placer que me inflama en estos instantes, abandonad los círculos sociales: el sol espira en el lecho del profundo oceano, las aves no cantan, la brisa es suave y apacible y la noche se aproxima.... dirijios al monte con el caro objeto que adorais, entrad en aquel pequeño bohío que se vé cerca de ese verde cuadro de café, hablaos de amores, y al depositar un callado beso en los ajenos labios, gozareis mi ventura, ¿y fuera demasiado si os rogara que, al sonar de las hojas de los plátanos y de las pencas de las palmas, me consagrasedis tan solo un nombre de esperanza, un pensamiento, un recuerdo de amistad dentro del bohío?....

F. Pié y Faura.

RAMILLETE.

El *Ramillete* de vuestro ALMENDARES, queridísimas lectoras, es siempre la humilde última página de la entrega, mas no por eso es la menos leída, sino acaso la mas, por el afán con que vosotras la leéis, afán que siempre es premiado de algun modo.

El de hoy le comienzo llamando vuestra atención sobre la lámina litografiada que le acompaña, no como bello trabajo litográfico, que bien conozco tiene poco de bello, sino como lo que representa, que es una de las escenas finales de la bonita zarzuela en dos actos titulada *El estreno de una artista*, de D. Ventura de la Vega, y que se representó en el gran teatro, á beneficio de la señora Mur. Esa lámina dará una pequeña idea de lo que es aquella zarzuela, especialmente á los suscritores con que cuenta *El Almendares* en el interior de la Isla.

De novedades, propiamente dichas, bien poco ó nada se os puede decir, porque bien sabéis que todo lo dicen apresuradamente los periódicos diarios, en los que en estos últimos dias se ha hallado lo siguiente:

1º—Que Doña Matilde Díez, Don José Valero y Don Manuel Catalina, famosos artistas dramáticos españoles estarán muy pronto entre nosotros.

2º—Que la famosa bailarina española Doña Josefina Vargas, acaso haga una visita á la Habana en el próximo invierno.

3º—Que en este mes de setiembre deben llegar de la Península refuerzos para la compañía de zarzuelas del gran teatro, tanto de artistas de canto y declamación como de baile.

4º—Que de un dia á otro deben llegar de Cádiz, en buque de vela, todos los artistas que formarán la compañía de zarzuelas para el *Teatro de Villanueva*, antes del Circo.

5º—Que en noviembre debe llegar de la Península el famoso espada nombrado *El salamanquino*, el cual trabajará en un número fijo de corridas, en la nueva plaza de toros de la Calzada de Belascoain.

5º—Que por momentos se espera en esta ciudad al Administrador de la Plaza de toros de la Habana, de vuelta de su *viage de exploracion* á los vecinos Estados-Unidos, de donde trae un ejército de toros *bragaos*, para ser lidiados en su plaza, con su cuenta y razon.

6º—Que muy pronto debe tener efecto en el gran teatro la preciosa función de zarzuelas á beneficio del aplaudido actor señor Ruiz, y en la plaza de toros de la Calzada de Belascoain la gran corrida de ocho toros á beneficio del buen espada Mora.

7º—Que la señora Mur ha estado gravemente enferma, y que ya está convaleciente.

8º—Que el gran establecimiento de modas nombrado *PRECIOS FIJOS*, situado en la calle de Aguiar, esquina á la de O-Reylli, se está reformando enteramente, y prepara dos grandes salones de efectos ricos y frescos, arriba y abajo, para la próxima temporada de invierno.

9º—Que una distinguida escritora, cuyo retrato os ha dado vuestro ALMENDARES, prepara una interesante zarzuela, para ponerla en escena en el próximo invierno.

10.—Que el gran templo de la moda y la elegancia, nombrado la ISLA DE CUBA, situado en la calle de O-Reylli, sigue vendiendo á mas y mejor sus lin-

dos COLLARES EUGENIA, sus sombreros de pelo blanco y rapados, á peso, y los mil y un efectos baratísimos de que se compone la quemazon que está dando, todas las cosas por la tercera parte de su valor.

11.—Que Guanabacoa pierde rápidamente su animación del verano, y que los bailes de Puentes Grandes están cada noche mas animados.

12.—Que ya comienzan los casamieutos, los que cada dia aumentarán, desde hoy hasta fines de febrero.

13.—Que el cometa no ha obtenido los honores de la atención pública, como acaso su señoría esperaba.

Y, en fin, muchas otras cosas que no pasan de ser pura chismografía, dichecitos, cuentecitos, enredos, dimes y diretes, que no hay para que reproducir en vuestro ALMENDARES, supuesto que ya los habeis visto primero en los voraces, en los insaciables periódicos diarios.

Esto es cuanto en vuestro *Ramillete* tengo que decir en la presente entrega, queridísimas lectoras, con lo cual se despide de vosotras vuestro siempre muy amante cronista, que os desea toda clase de felicidades.

SOLUCION DEL GEROGRAFICO DE LA ENTREGA 12ª

Señores Redactores del *Almendares*.

Suscritora constante de la amena publicación que ustedes dirigen, y afecta cual la que mas á los geroglíficos, creyendo haber acertado el que ha visto la luz pública en la entrega XII, remito su solución que es

“La mujer honesta obra en un círculo dado y decoroso.”

De ustedes afma. servidora Q. B. S. M.

EUGENIA.

GEROGRAFICO.



EL ALMENDARES



LA SEÑORITA MUR .
en la canción andaluza (la Contrabandista)

Lito de Bridoult y C.^a O'Reilly 82